

VI Semana de Pascua

Viernes

Lecturas bíblicas:

a.- Hch. 18, 9-18: Pablo ante el tribunal de Galión.

La primera lectura nos entrega datos históricos que hay que tener en cuenta: la expulsión de los judíos de Roma por un decreto del emperador Claudio (41-54), provocada por la actuación de los judíos frente a la secta de los cristianos. Motivo por el cual Aquila y Priscila, llegan a Corinto. Por otra parte lado, tenemos la figura de Galión, hermano de Séneca, que los judíos quieren defiendan la ortodoxia de su fe, frente a la herejía del cristianismo. Galión juzgará a Pablo si ha cometido una falta contra la ley romana, pero como los judíos hablan de su Ley, no se quiere inmiscuir en un juicio sobre temas de religión, y los despacha a todos del tribunal (v. 13). La reacción de Galión nos habla a las claras que la conducta de los cristianos no viola las leyes romanas; las acusaciones contra Pablo de parte de los judíos son de tipo teológico: el mesianismo de Jesús y la Ley (v.15). Los cristianos políticamente son inocentes, no han creado problemas a Roma. Todos estos acontecimientos van distanciando cada vez más la comunidad cristiana de la sinagoga, Pablo se va convirtiendo en el apóstol de los gentiles, dejando bien en claro que no fueron los cristianos la causa que los judíos no aceptaran el evangelio. La actitud de Galión de despacharles del tribunal, es reconocer que no tenían razón, por lo mismo reconoce la inocencia de unos hombres y mujeres que no ofendían en lo estrictamente jurídico a Roma y sus leyes. Así y todo Pablo se queda año y medio trabajando por el Evangelio, las dificultades, dejan ver la luz de la palabra de Dios, que ilumina la vida de sus testigos y los cuida con un amor especial.

b.- Jn. 16, 20-23: Vuestra tristeza se convertirá en gozo.

El evangelio nos habla de la alegría, que nace del dolor de la separación, provocada por la marcha de Jesús, no verle ya sobre todo, por su muerte y resurrección. Pone el ejemplo de la mujer que da a luz, se olvida del dolor, una vez que ha nacido un varón para el mundo (v. 21). Imagen común o recurrente en la literatura del AT y de los profetas, donde también en los evangelios queda de manifiesto que al día del Señor, le precederá una gran tribulación para los elegidos, preludio del gozo y alegría que vivirán al final, lo mismo que la mujer dolorida por el parto, da a luz una vida nueva, se llena de alegría. La causa de nuestra tristeza y luego de nuestra alegría, es la muerte y resurrección de Jesucristo, sobre el pecado, la muerte y el demonio. Su nuevo modo de estar presente entre sus discípulos por medio de la acción del Espíritu Santo es también motivo de alegría para la comunidad eclesial.

Presencia que reconforta al creyente, en el dolor o persecución, que puede sufrir por el odio del mundo contra Jesucristo, el Señor. Este binomio dolor y alegría también están presente en la vida del cristiano que quiere imitar a Jesucristo desde su propia condición de hijo de Dios, pero que se ve sujeto a sus propias debilidades, de sus pasiones que le causan dolor, si las deja gobernar su vida. Si las vence con la oración y negación del gusto y apetito en que se ceba la voluntad, produce la alegría de verse libre para amar y vivir la unión con Dios. El misterio pascual de Jesucristo supuso el parto de una nueva humanidad, nueva creación, mediante la resurrección del que es el hombre nuevo. Adán nos trajo la muerte, Jesucristo es el nuevo Adán, enseña Pablo a los romanos, nos trae la vida (cfr. Rm. 5). Es el Paráclito quien recrea la vida del resucitado en la vida de los fieles y donde reside la alegría de éstos al saberse justificados por Cristo ante el Padre. Esa vida nueva, ganada por su misterio pascual, ahora es de los que son de Cristo, y la guardan del mal y la corrupción a la que se ve acechada por el pecado. La alegría y el gozo de la fe, es el mejor antídoto contra el desánimo en las cosas de Dios y de la vida cristiana. Si se trata de configurarnos a Cristo, que vivió bajo la guía del Espíritu Santo toda su existencia, también nos debe guiar a nosotros a tomar conciencia de nuestra condición de hijos de Dios. Así como el Espíritu movió a Jesús a tomar conciencia de su condición de Mesías y Ungido para la redención del mundo, así también, el Espíritu Santo hoy nos mueva a tomar conciencia de nuestra condición de profetas, reyes y sacerdotes como bautizados que somos. El Espíritu Santo, está más presente de lo que pensamos en la vida de la Iglesia, y de quienes luchan por los valores del reino de Dios en este mundo. Seremos mejores cristianos en la medida no sólo en que nos dejemos guiar por el Espíritu de Dios, sino en que nos abramos a comprender que estos valores nos hacen más humanos y a su acción santificante, donde nos encontramos y reconciamos entre nosotros y con nosotros mismos, nos abrimos al prójimo, fruto de la comunión con Dios, alegría infinita. El cristiano consciente de su vocación trinitaria por la inhabitación en la que vive, es un hombre siempre alegre, porque posee a Dios en su interior y comparte su vida y su amor su felicidad, anticipo de vida de la gloria sempiterna. Gloria que comienza en esta vida, como enseña el místico carmelita, con la alegría del conocimiento que viene de la fe, y el amor que infunde la presencia del Espíritu Santo en la vida del orante contemplativo.

Juan de la Cruz, nos enseña: "En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda interior y exteriormente como de fiesta, y trae con gran frecuencia en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios grande, como un cantar nuevo, siempre nuevo, envuelto en alegría y amor en conocimiento de su feliz estado" (LB 2,36).

Padre Julio Gonzalez Carretti OCD